

**DIARIO
DE UN EDUCADOR**

1966

Noviembre de 1965

El menor gesto tiene una historia. A veinte kilómetros del lugar donde escribo hay un castillo del siglo XIII lleno de niños retrasados.

Es una costumbre reciente la de meter a los niños retrasados en castillos. Ellos no tienen nada que ver. Ellos no hicieron la revolución.

Alguna persona sensata incluso podría preguntarse qué hacen ahí esos residuos y por qué aún se los conserva con vida cuando en el mismo momento de la historia, al otro lado de la tierra, que es redonda, los soldados americanos lanzan bombas sobre unos niños que están vivos, que son inteligentes y que son quemados vivos por decenas.

Es verdad que estos niños retrasados en este castillo de Sologne viven totalmente fuera del tiempo y del espacio, perdidamente apolíticos, y esta es la recompensa del destino: viven tranquilos en un castillo del siglo XIII.

Libres. Son libres. Pueden expresarse libremente mediante toda clase de onomatopeyas. Ni siquiera están obligados a usar las palabras tal como son. Tienen acuarelas y lápices para expresarse, una vez más, libremente. No necesitan hacer el menor gesto útil. Jubilados de nacimiento.

Junio de 1941

Tengo una clase de niños retrasados en un inmenso hospital psiquiátrico en Armentières, en la región del Norte. Son unos quince en una sala de paredes claras, con bonitas mesitas nuevas, y yo soy el maestro. Quince idiotas en delantal azul y yo maestro en el rumor de este caserón de seis pisos que contiene seiscientos o setecientos niños retrasados. En el rumor de este caserón lleno de gritos extraños, y a su vez sumido en el ruido ahora casi universal de la guerra.

Mayo-junio de 1940

Cerca del Loira, a lo largo de un muro, a un metro de ese muro, los soldados que estaban aquí antes de nosotros apilaron sacos de harina a modo de defensa. Ahora somos cinco en un camión, el cielo está azul. Los aviones tienen el tamaño de cabezas de alfiler, alfileres de diamante que lanzan finas espadas de luz. Nos lloran los ojos de tanto escudriñar. Van a bombardear. Nos cobijamos, con la espalda pegada al muro. La carretera pasa por el otro lado del pequeño muro de sacos en los que la harina está apretada, densa, casi dura. Pase lo que pase en el cielo, yo no puedo hacer nada. Uno de los sacos de encima se ha reventado. La tela rasgada deja ver un cráter de un blanco de acantilado. En el fondo del cráter, un nido con seis ratones del tamaño de una falange del dedo meñique. Están durmiendo y forman un montoncito, cebados, ahitos de sol, de leche, de vida.

Escucho el ruido de los aviones, para saber si regresan hacia nosotros. No tengo religión ni creencia ni razón personal para estar ahí, a orillas del Loira, bajo esos aviones que van a lanzar bombas. Mi muerte será como mi nacimiento, totalmente involuntaria. Apoyo el mentón en la suave tela del saco reventado, carne de harina, robusta y fresca en lo más profundo. Seis cuerpecitos grises. Su corazón late y yo, más cerca de ellos que de mi capitán que peleó en Verdún, en la otra guerra, y todavía pelea en esta, por carrera, más cerca de ellos que de mi padre, a quien mataron en 1917, en la granja de La Biette, más cerca de estos ratones que de nadie, porque ellos viven, tan ajenos al acontecimiento que no pueden quedar afectados. Mientras que yo, en el fondo de mí mismo, soy tan inocente, tan ajeno, tan poco hombre como sea posible, mi vida es la misma que la de esos seis animalitos, pero yo llevo uniforme, pero yo estoy a la orilla de este río, que me importa un bledo, como todo lo demás. Tan indiferente a la geografía como a la historia. Fuera del tiempo y del espacio. Idiota.

Junio de 1941

Las guerras de hoy en día no respetan a los idiotas. No los respetan en modo alguno. No respetan nada, ni a los idiotas ni a los locos.

Seis de ellos acaban de morir bajo los escombros del pabellón 9, en el manicomio inmenso en el que trabajo.

Y sin embargo llevaban su uniforme de terciopelo gris, ese terciopelo gris de manicomio que aquí llevan más de mil personas. Durante la noche han caído bombas. Aquí y no allá, y ya está. Es la estación de las bombas. El pabellón 9 ha quedado partido en dos. Han muerto seis locos. Es el colmo. Desde la época en que se dedicaban a no hacer nada más que esperar su paquete de picadura cada fin de semana, desde hace diez años tal vez, o más, mientras que hay, entre otros, un comandante de escuadrón de tanques de asalto que es activo, histórico, que habla por la radio a las francesas y los franceses y les dice que vale la pena morir; pero él sigue vivo, y vivirá todavía largo tiempo, mientras que esos débiles mentales profundos han muerto por la guerra, ellos que no la hacían.

Mayo-junio de 1940

Me lo han contado, yo no estaba.

Era el éxodo ante el avance de las tropas alemanas...

A los locos del hospital psiquiátrico de Armentières los pusieron en la carretera, en dirección al mar.

Sin duda, los aviadores enemigos debieron preguntarse qué era aquella columna, aquel destacamento, aquel cuerpo franco en uniforme gris blanco que avanzaba vacilante por los arcenes, directo hacia el norte, hacia Dunkerque, qué

vanguardia, qué desertores, puesto que daban la espalda al frente, apóstoles de qué retirada, encuadrados por suboficiales en uniforme azul, botones dorados, gorras cuyas viseras negras bien enceradas debían reflejar el sol, trabajadores del textil en paro, en su mayoría, guardias del manicomio con miedo de estar ahí fuera con unos locos que sabían que eran peligrosos.

No importa. Aquella guerra no estaba hecha para matar únicamente a los héroes, muy al contrario.

Después hubo que dar media vuelta, regresar hacia Armentières. No salían las cuentas. Incluso faltaban muchos.

Descontando al montón de muertos, había desaparecidos, desaparecidos a todo correr. ¿Fugados? Ni siquiera era seguro. Algunos habían huido, locos de terror, los que no habían encontrado la columna, unos centenares, no más. Están los que habían regresado a las semanas siguientes, a quienes trajeron, y están los que se quedaron fuera, y entre los que se quedaron fuera, decenas que jamás, jamás de los jamases habrían salido vivos del manicomio. Peligrosos. Idiotas. Locos perdidos.

Y luego, un mes tras otro, un año tras otro, lo fuimos sabiendo. Trabajaban aquí y allá, como todo el mundo, nadie tenía nada que decir de ellos, solo cosas buenas. Y entre ellos, los peores, los perversos. La guerra no respeta nada. De los que regresaron al manicomio uno de cada dos murió de hambre.

Yo viví cotidianamente aquel largo acontecimiento de 1940 a 1943, la muerte lenta de los locos en el hospital psiquiátrico autónomo de Armentières, la muerte lenta de uno de cada dos, y la recuperación de las costumbres del manicomio, sin más variante que un inmenso signo de interrogación en la cabeza de los médicos jefes. Aquellos locos inveterados que de repente dejaban de serlo..

Debieron de pensar que era cosa de la guerra y que no se puede estar en guerra ininterrumpidamente con la excusa de cuidar a los locos, que de todos modos la guerra no era algo que dependiera de ellos, que lo que de ellos dependía, lo hacían, a saber: nada de evasiones, suicidios los menos posibles, y la observación semanal, creo, o mensual, ya no me acuerdo, en el dossier de cada enfermo, página a página, incansablemente, cómo ganarse la vida haciendo lo que nos pagan por hacer, cristiano como era el médico o socialista como era el director.

Noviembre de 1965

Los árboles rojos de noviembre. Los árboles de la clínica psiquiátrica en la que llevo nueve meses refugiado.

Volveré a hablar de ellos, de esos árboles.

Noviembre de 1965 es la guerra.

Hace unos días, estábamos cinco o seis, una reunión de militantes del Movi-

miento de la Paz, en la gran sala de una Bolsa de Trabajo, a plena luz, bien calentitos. Uno o dos maestros, un contable, una señorita del socorro obrero, un chico de la CGT¹ comunista, secretario de la UD todo él condecorado con palabras en mayúscula, sin embargo proletario por algún detalle de su aspecto, portero cuando lo vi venir antes de empezar la reunión. Donde no hay patrón, mandan los porteros, y él estaba como Pedro por su casa en aquel caserón de la Bolsa de Trabajo. Aquel hombre era comunista, dirigente sindical, educador del pueblo. ¿Para decir qué, del pueblo, del pueblo bajo sin educación? Con unas pocas palabras de diferencia, lo mismo que decía una monitora de niños retrasados mentales en una sala de este castillo del siglo XIII. Las mismas palabras, el mismo juicio, la misma constatación, y lo que es más, la misma mímica. Aquel militante obrero, «acostumbrado» a las luchas sindicales, y aquella buena chica, abnegada monitora, parecían hermanos. Él conocía a los obreros, hombres y mujeres, sabía bien de qué eran capaces, y nosotros, los intelectuales o algo por el estilo, le dábamos risa, eso se veía a la legua. Y ella, la buena chica, tres cuartos de lo mismo, ella los conocía bien, a los retrasados mentales, ella hacía años que vivía con ellos todos los días del año. Ella no se reía, o casi, era amablemente escéptica bajo su piel coloradota, mientras que el otro, el militante sindical, mostraba saña en todas sus palabras, saña hacia nosotros, desdén fatigado hacia aquellos de quienes hablábamos, los obreros. Y estaba repleto de pretenciosidad maldiciente. Un educador. Aún gracias si no era también un pelín psicólogo. Pero sí que lo era. Explicaba por qué a los obreros, cansados por los turnos, les daba igual Vietnam y los vietnamitas, claro, las cosas hay que verlas como son, es decir, objetivamente. Nos daba una lección sobre la mentalidad obrera.

La otra no, la chica coloradota, no daba lecciones. Su opinión, se la había formado sin ayuda de nadie, también había sido portera de los lugares donde vivía durante el día el pequeño grupo de retrasados mentales que estaban a su cargo, patrona de pensión, yo la había visto hacerlo, allí donde estaban, para jugar, allá donde estaban para pintar. Ella los conocía, de eso no hay duda, mejor que yo, que hablaba ¿de qué? De la manera de cambiarlos. La vi actuar por las tardes, plantada firmemente entre ellos como un árbol, bien regada, paciente, inmutable, era su amiga, ama de casa trasplantada entre aquellos inútiles.

De ella y de sus semejantes, hablaré de nuevo.

El otro, el militante revolucionario, el suyo no es un caso aislado. Hijo del pueblo, que se cree que el pueblo es ¿qué?, que apunta bajo cuando lo piensa para sentirse él más alto de algún modo, y hay algo de verdad en lo que dice. Siempre hay algo de verdad, digamos lo que digamos.

A la monitora del castillo yo le hablaba de un retrasado mental pero para ella era otro, no uno de los que ella conocía. Y si hablamos del pueblo de fuera, de

1. Confédération générale du travail, sindicato cercano al Partido Comunista. UD: Union Départementale. (N. del T.)

Vietnam y de cómo vive, es otro, no el pueblo que los militantes conocen como si lo hubiesen fabricado. Es verdad que, por una parte, lo hacen, tal como es, indiferente.

Mayo de 1961

Esta cabra atada a su comedero, odre de carne tensa por el cabritillo que va a nacer, este dibujo al carboncillo sobre un papel cuya marca aparece bajo el carbón frotado, ese trazado es mi obra maestra.

Este trazado tiene una larga historia. Si la contara, de una tirada, todo seguido, necesitaría miles de páginas. Escribiré miles de páginas, pues esta historia voy a contarla, la historia de este trazado, de vez en cuando hablaré de otra cosa. Este trazado es un milagro y si consiguiera contar propiamente la historia de este trazado, no habría vivido en vano. Comunista, lo fui desde 1933; tenía veinte años, en las Juventudes, las JC,² con una estrellita roja en el ojal. Pero de qué extraña manera era yo comunista, en Lille, en el Norte, estudiante de letras.

En la calle de París había una tienda pequeña y sucia, pintada de rojo por fuera. Era el local del Partido. Casi siempre había allí un hombre manco: ¿conserje, miembro permanente, responsable? No lo sé. En todo caso, él y nosotros no pesábamos lo mismo. Él era como una estatua de bronce, y nosotros, pequeños seres vivientes, jovencitos, muy precarios, estudiantes, pequeñoburgueses, y él se llamaba Poupon, ahora recuerdo su nombre. Un Poupon³ monumental y Dios sabe hasta qué punto lo éramos, pequeñoburgueses, hasta los huesos con tuétano, que teníamos vacíos, para revolotear mejor en todas las brisas ideológicas, y él, Poupon, era de bronce, llegado de la calle Longues-Haies en Roubaix, esa calle con pequeños patios interiores que las columnas de guardias móviles evitaban cuidadosamente cuando había huelga.

No recuerdo que Poupon nos hablara jamás. Tal vez ocultaba su acento ante las personas cultas. Nosotros íbamos allí, dos o tres, a buscar carteles, en aquel café desocupado, en el silencio de Poupon de pie junto al mostrador. Nunca había nada sobre aquel mostrador en la habitación de abajo que daba a la calle, solo ese mostrador sin nada encima y Poupon de pie, con una manga vacía.

Los carteles estaban en una pequeña habitación de arriba, sobre una mesa, contra una pared cubierta con empapelado rojo comido por la luz y que se había vuelto rosa salpicado de escayola como la mejilla maquillada de una vieja, y mi familia vivía en esa misma calle de París, mi tío que vendía corbatas al mayor y mi tía flores artificiales y coronas de muerto y de novia, y yo venía a buscar aquellos carteles con dos compañeros e íbamos a pegarlos, por la noche, sin leerlos.

2. Juventudes Comunistas. (N. del T.)

3. En francés, un *poupon* es un muñeco que representa a un bebé. (N. del T.)

De qué novelas habían salido, esos gestos que hacíamos para pegar aquellos carteles de un Partido del que no éramos miembros, ni siquiera miembros, apéndices de miembros, pinceles.

A decir verdad, también estaban los días de fiesta, los desfiles con la fanfarria obrera de Fives que tocaba *La Internacional* con mil ecos que rebotaban por las paredes de las casas, una melodía amplia con toda la fuerza majestuosa de la revolución en marcha en el mundo entero, todo triturado en mil ecos que recaían sobre el rumor grave del desfile como los cristales rotos, los guardias móviles al extremo de las calles, formados junto a su camión, con los cascos... Y allí yo estaba con toda mi conciencia, con toda mi confianza, brizna sobre el río.

Este es el comunista que era yo en 1933 y no he cambiado mucho en el transcurso de la vida, atrapado en el momento, ajeno a la historia y sin la menor simpatía en ningún momento por Stalin ni por Napoleón. Retrasado.

Noviembre de 1965

Hace un mes que estoy preparando una exploración pedagógica. Pienso en aquellos que me ayudaron en los intentos anteriores. Voy a escribir al doctor Louis Le Guillant.

Recuerdo un artículo suyo que terminaba así:

«Dicen que Deligny se ha replegado en la educación de los niños retrasados mentales. Deseo que allí donde esté, encuentre algún médico entusiasta de la fisiología y trabaje con él. Si no, el uno tal vez escribirá una novela, el otro un tratado de medicina, pero ni el uno ni el otro habrán comprendido y ayudado plenamente a los niños que les fueron confiados.»

¿Por qué decir que me he replegado por el hecho de haber vuelto a los niños retrasados? Me replegué cuando, viniendo de ellos, me centré en los adolescentes delincuentes, enfermos caracteriales, psicóticos o parapsicóticos, y dejé a los retrasados mentales a su suerte con las monjitas vestidas de blanco que reinaban con su acento italiano en el vertedero medico-pedagógico de setecientas camas desde el cual Tichou me llamaba en cuanto me veía a lo lejos, encerrado en una celda porque, una vez más, se había comido el cuero de sus zapatos o había embesitado con la cabeza gacha a la madre superiora. Tichou no me llamaba para que lo liberara. Gritaba mi nombre. Él estaba la mar de bien allí arriba, detrás de las rejas de la ventana de gruesos cristales, anchos como la mano, algunos giraban sobre sí mismos. De pie sobre el antepecho, descalzo y con el delantal hecho trizas, Tichou veía los adoquines de la nacional Lille-Dunkerque. Pasaban camiones y camiones que arrastraban barcas. Los alemanes se disponían a desembarcar en Inglaterra. A Tichou y a mí eso nos traía al fresco. Él miraba el desfile de camiones con baca y las barcas. Me veía pasar por la plaza, con el suelo negro de

escoria. Berreaba mi nombre desde lo alto. Se decía: camión... barcos... soldados. Pero los soldados pasaban entre el estruendo de los camiones y los barcos, y llegaba yo, provisto de orejas, y Tichou sabía mi nombre. Lo berreaba, nada más. Tengo la certeza de este nada más. Nada de ilusiones entre nosotros. Nunca he tenido un amigo más cercano. Tichou no se decía: camión... barcos... soldados... No sabía el nombre de esas cosas, pues había vivido encerrado casi desde que nació. ¿Camión, quizás? El camión es un objeto de manicomio y Deligny también, objeto de manicomio que Tichou venía a mirar cuando yo abría la puerta de mi clase al patio vacío. A veces Tichou estaba merodeando, había bajado provisionalmente de la celda. Llevaba la camisa de fuerza. Solo lo dejaban salir cuando los demás habían entrado. Él venía a pararse a cinco o seis metros... Yo lo veía en el marco de la puerta. El patio vacío parecía muy grande. Una plaza de toros. Y aquel torito que me estaba mirando, con los brazos sujetos por las mangas de gruesa lona anudadas detrás de su espalda, con toda su fuerza y la frente arrugada. No se movía. Yo le ponía música de Bach en un gran fonógrafo negro al que tenía que dar cuerda a menudo. Los otros quince sentados ante sus bonitas mesas en la clase, con superficie de corcho y tubos azules, se entretenían fingiendo que escribían o haciendo cestitos de plastilina, también ellos atrapados por la música de Bach. Algunos miraban cómo giraba el disco. La paz más hermosa que jamás haya conocido. En el cielo azul hasta el último fondo, unos aviones se ametrallaban en un juego semejante al de las moscas al sol.

Algunas veces llegaban de lejos, de uno de los patios del pabellón, fragmentos del discurso de uno que deliraba, y si no recuerdo mal, la voz planteaba preguntas a monseñor el obispo de Orleans y yo tenía que moverme, porque si no Tichou se aburría. Me movía. Calzaba con un cuaderno la tarima que no necesitaba ser calzada pero así se producía todo un circo de gestos, levantar con una mano la tarima que soportaba la mesa, no demasiado para que no saltara la aguja en el disco, y con la otra mano coger el cuaderno para deslizarlo bajo la tarima levantada. Todos aquellos gestos atrapados en la mirada de Tichou y la música de Bach que nos hacía compañía, en el mismísimo ombligo de la guerra.

■